

# **la protesta estudiantil y la crisis del desarrollismo**

Francisco Entrena Durán

Las jóvenes generaciones han venido siendo, en los últimos tiempos, insistentemente tildadas de pasotas y consecuentemente conceptuadas como apáticas e incapaces de albergar los grandes ideales de transformación de la realidad que, al parecer, guiaron a sus progenitores. Si se tienen en cuenta estos estereotipos no extraña que haya cogido por sorpresa la repentina capacidad de movilización que los estudiantes vienen mostrando en los últimos meses; especialmente en Madrid, que, en correspondencia con su función de capital del Estado, está siendo el escenario más destacado de un conflicto, cuyos paralelismos con otros similares, como el caso francés, corroboran la difícil situación (particularmente agravada en nuestro país) en que se encuentra la juventud de las sociedades actuales, inmersa en un notable proceso de envejecimiento de la población activa.

De la cobertura informativa de la revuelta estudiantil se han encargado ampliamente los diversos medios de comunicación de masas. Al escribir estas líneas no pretendo aportar datos nuevos ni ocuparme de ninguno de los personajes que, por sus méritos como organizadores de movimientos de masas, o por sus rechazables acciones violentas en otros casos, han sobresalido en la revuelta. Consecuentemente, tampoco deseo tratar de los sucesos, más o menos anecdóticos, que tales personajes protagonizaron. Mi interés prioritario es aportar al lector el fruto de algunas reflexiones, acerca de la naturaleza y del contexto global en que tiene lugar la protesta estudiantil.

## **El desarrollismo**

Se ha convertido generalmente en un lugar común, en los diversos medios de comunicación, al hablar del movimiento estudiantil de hoy, recordar el de mayo de 1968 para, seguidamente, tratar de buscar los posibles elementos comunes entre ambas revueltas. Lo cierto es que, si se observan ambas situaciones con un poco de detenimiento, resulta fácil percatarse de que no hay solución de continuidad entre las mismas. Las movilizaciones de fines de los años sesenta sucedieron cuando

todavía estaban en su pleno auge las ideologías y las prácticas desarrollistas. Desarrollismo económico y social que posibilitaba la generación y la extensión de unas ilusiones de cambio de la realidad. Había entonces condiciones objetivas propicias para el surgimiento y la generalización de lo que los estudiosos de lo socio-político han dado en llamar: un horizonte colectivo de expectativas crecientes. Mayo del 68 fue ante todo una movilización por participar y fomentar el cambio global del mundo. En una etapa de fuerte crecimiento de la producción económica, del bienestar social y del empleo (que conviene reconocer que nunca llegó a ser pleno) se luchaba, entre otros muchos consabidos motivos que aquí no se estima oportuno señalar, por mejorar las condiciones de trabajo, por tomar parte activa en el proceso de transformación de la sociedad, por una confianza, tal vez excesivamente utópica, en conseguir una democratización plena de las formas de organización productiva e institucional, a través de la autogestión de las mismas.

Mayo del 68 puede ser conceptualizado como el último movimiento utópico, de considerable envergadura, que ha producido la modernidad hasta la fecha. La utopía ha estado presente en toda la génesis y desenvolvimiento histórico de la sociedad industrial moderna, objetivándose en el espíritu de la Ilustración y en el afán de progreso ilimitado que caracterizó el pensamiento de los positivistas ilustrados del siglo XIX (Saint-Simon, Comte y otros). Utopía materializada, de una u otra forma, en los diversos movimientos revolucionarios que, en las diferentes zonas del mundo, han jalonado los procesos históricos de formación del Estado y de generación de la sociedad moderna. La modernidad, desde sus remotos inicios renacentistas, estuvo orientada por un ansia de redención y liberación humanas, que constituyeron el fundamento secularizado de los ideales racionales de libertad, igualdad y fraternidad, adoptados como lema por la Revolución francesa. Ideales, más o menos utópicamente entendidos, que han impregnado la promesa de riqueza y bienestar con la que se ha legitimado el proceso de desarrollo del capitalismo industrial privado. Ideales también muy presentes en la lucha por la utopía de la futura "sociedad socialista". Al fin y al cabo la filosofía de Marx trataba de materializar, mediante la revolución, similares aspiraciones de progreso y modernidad a las del pensamiento ilustrado. Aspiraciones que, como él procuró demostrar en sus escritos, estaba incapacitada para satisfacer la sociedad burguesa.

A partir de la revolución industrial, cuyos inicios coinciden los tratadistas del tema en fijar en la Inglaterra del último tercio del siglo XVIII, el paulatino desarrollo del modo de producción industrial capitalista ha conllevado la progresiva expansión, en el resto del mundo, del modelo de sociedad moderna generado en Occidente. De esta forma, las pautas estructurales y paradigmáticas de la modernidad han acabado por imponerse, con mayor o menor arraigo, en los diferentes Estados que, participando más o menos activamente en la producción y/o comercialización de bienes, integran actualmente el mercado mundial global. Con ello se ha ido tendiendo gradualmente a la universalización de una mentalidad y una práctica desarrollistas que, especialmente desde los años cincuenta de nuestro siglo, ha mediatizado todos los procesos de modernización económica, social y política de los cada vez más

numerosos países que, de este modo, han tratado de adoptar los valores culturales y las pautas productivo-organizacionales que conforman la sociedad industrial capitalista; entendiéndolo por ésta, tanto el capitalismo industrial empresarial privado ("libertad") como el capitalismo industrial estatal, vigente en los llamados sistemas de "socialismo real".

Paralelamente a la expansión mundial del modo de producción capitalista, en el epicentro del sistema, es decir, en el seno de la propia sociedad industrial originaria, se experimenta un desvanecimiento progresivo del desarrollismo, que puede ser entendido como el último efecto y vestigio de la utopía industrialista saintsimoniana y de la idea igualitaria de la "sociedad socialista" que han constituido, respectivamente para el capitalismo liberal y para el capitalismo de Estado, dos formas diferenciadas de definir el horizonte de expectativas global que ha orientado la persecución del ideal de progreso ilimitado inherente a la modernidad.

En el lugar de las utopías, que conformaron la génesis de la sociedad moderna, se instalan progresivamente el escepticismo y la incertidumbre colectiva. El saber científico, que comúnmente para el marxismo y la tradición liberal (aunque obviamente desde diferentes perspectivas prácticas e intelectuales) fue la expresión teórica de los deseos de progreso y transformación de la realidad, se restringe cada vez más a su mera faceta instrumental. La asepsia valorativa y el imperativo de la tecnología tienden a desplazar a las viejas disputas colectivas y debates ideológicos. Los conflictos sociales y los enfrentamientos abiertos son, bastante a menudo, evitados, y desprovistos de sentido, mediante pactos y negociaciones, en cuya preponderancia creciente en nuestra época han querido muchos sociólogos encontrar un síntoma del "aburguesamiento del proletariado".

En el abandono de los viejos sueños de revolución y de transformación radical de la sociedad, al margen del innegable mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros y de las mayores oportunidades de movilidad y ascenso social que ofrecen las sociedades avanzadas, ha tenido mucho que ver, por una parte, la inoperatividad y rigidez del estatalismo burocrático, imperante en los países oficialmente en transición al socialismo; por otra, el creciente deterioro del ideal del "Estado de bienestar" y la incertidumbre económica, relacionada con el progresivo alejamiento de la posibilidad de realización de la susodicha promesa desarrollista del pleno empleo, así como, la crisis de valores y de identidad que aqueja a las sociedades conceptuadas como de economía de libre mercado.

## **El desencanto**

Hoy sabemos de los logros, pero también de los callejones sin salida, a los que ha conducido la utopía de progreso ilimitado que ha marcado la génesis y evolución de la sociedad moderna. Utopía, cuyo afán de totalidad y absoluto ha acabado, a veces en la práctica, por institucionalizarse en el absolutismo y totalitarismo carac-

terísticos de algunos regímenes políticos actuales autodenominados revolucionarios. Tal vez esta razón, unida a la crisis global en que se encuentran las sociedades liberal-capitalistas y al monolitismo de los partidos políticos en los regímenes democráticos, sea una de las causas de más peso para explicar el desencanto y la considerable merma de la afiliación a dichos partidos, así como el rechazo y repliegue de las masas en general, y de los jóvenes en particular, en lo referente a la participación colectiva por vías formalmente institucionalizadas.

En el caso específico de nuestro país, el desencanto se acrecienta, como resultado de la frustración de las expectativas (especialmente incrementada tras la llegada al poder del P.S.O.E.) de participación efectiva en la vida socio-política y de cambio, que ha conllevado el proceso de transición del régimen autoritario anterior a la actual democracia. Proceso en el que se ha venido, y se continúa, haciendo mucho más énfasis en la reconversión (reactualización de acuerdo con las nuevas exigencias de la competencia y del mercado mundial) del modo de producción capitalista que en la satisfacción de las aspiraciones de igualdad y justicia despertadas con la llegada de la democracia.

Nos encontramos así con una generación adulta que, en la mayoría de los casos, se ha refugiado en la sublimación de las rutinas de la cotidianidad, tras la vivencia del sentimiento de impotencia para transformar la realidad. Una generación, que en otras ocasiones, las menos frecuentes, ha ido sustituyendo progresivamente sus sueños de "cambio del sistema" por unos valores más cuantificables y asequibles, tales como el éxito profesional, la bien cuidada informalidad en el vestir, la exquisitez en el comer y el beber y otros sucedáneos, mediante los que, de alguna forma, se trata de satisfacer el deseo vital, otrora "revolucionario", de este nuevo reemplazo de triunfadores, o de aspirantes a serlo, que tienden a sustituir la no siempre bien fundada y exenta de ingenuidad confianza en la utopía, que les moviera en sus ardorosos años juveniles, por el ideal de éxito y estilizada elegancia de los hoy llamados "yuppies". Estos, a fin de cuentas, vienen a ser una versión actualizada de los antaño denominados "aburguesados" por muchos de los actualmente integrados, "jóvenes profesionales urbanos". Creo conveniente advertir al lector que no estoy hablando peyorativamente. Sólo trato de ironizar sobre la, al parecer irremisible, transformación que experimentan las generaciones insurgentes cuando entran a formar parte del sistema.

El desencanto que aqueja a los adultos tiene su correlato en el pasotismo característico de algunas de las actuales formas de comportamiento juvenil. Ante la inoperancia y la despersonalización a que suelen conducir las grandes organizaciones, no es de extrañar que los jóvenes, para defenderse, tiendan a refugiarse en los grupos pequeños de "colegas", entre los que se sienten integrados y reafirman su identidad. Asimismo es comprensible que, una vez percatados de la inutilidad de sus esfuerzos, en la mayoría de los casos, por "labrarse un porvenir" (corroborada por la marginación del mundo laboral a que los condena al presente sistema productivo), opten por la vertiginosa y, con frecuencia autodestructiva, ilusión del "vivir a tope".

## La actual revuelta

Los jóvenes de hoy desconfían de las instituciones establecidas y dicen que se manifiestan por reivindicaciones muy concretas: eliminación de las barreras de la selectividad, reducción de las tasas académicas, mejora de la calidad de la enseñanza, etc. Ni el examen de selectividad, ni el expediente académico (existen indicios de una tendencia a inflar las notas en algunos centros privados) son por sí solos pruebas suficientemente objetivas para determinar la aptitud de los aspirantes a acceder a la enseñanza superior. Todavía queda mucho por hacer en el empeño, manifestado por las autoridades educativas, por lograr una enseñanza que fomente realmente la igualdad de oportunidades, que sea capaz de compensar los desequilibrios familiares, ambientales, socio-económicos e impedimentos lingüísticos de los que desde su infancia han partido estos jóvenes.

En razón de lo antedicho, resulta complicado definir cómo debe realizarse un proceso de selección de los más capaces. Proceso que resulta imprescindible si se quiere elevar el nivel de la enseñanza en la Universidad y adecuar la formación de los estudiantes en ella a las exigencias del desarrollo tecnológico y científico. Al margen de la, difícil de resolver, cuestión de la selectividad, existe una conciencia medianamente generalizada en la opinión pública (así lo han mostrado los recientes sondeos aparecidos en la prensa) de que, además de los motivos aducidos por los estudiantes, hay otras razones que éstos no confiesan. En este sentido, tras la exigencia de replanteamiento de las pruebas de acceso a la Universidad subyace, en gran medida, una reacción de defensa y aplazamiento de la entrada en el sistema productivo, frente al incierto futuro laboral que se les presenta a los jóvenes; a los que, si bien el paso por la Universidad no va a suponerles una garantía de encontrar empleo, sí va a facilitarles las cosas en la tortuosa tarea de buscar trabajo, en una sociedad en la que paulatinamente aumentan los requerimientos de mano de obra altamente cualificada.

A diferencia de la del mayo del 68, la actual se trata ante todo de una revuelta característica de los tiempos de crisis. Dada la sensación general de desencanto y pesimismo que, como se decía anteriormente, hoy flota en la conciencia colectiva, es explicable que los deseos de modificación global de la realidad tiendan a ser sustituidos, en la mentalidad y en la acción juvenil, por la reforma de aspectos más parciales y específicos, tales como los ya aludidos. De todas formas, de momento no hay base suficiente todavía para saber con certeza si estamos ante una nueva forma de acción colectiva que, a diferencia de las anteriores, se orienta más a lo concreto que a lo global, o sólo se trata de una reproducción cíclica más de los tradicionales movimientos de masas históricamente conocidos.

No obstante, la relativa continuidad de los presentes hechos, al margen de la evidente necesidad de que las a veces exageradas reivindicaciones juveniles desciendan al terreno de lo posible, parece augurar un renacimiento de la ilusión colectiva de los jóvenes, en unos momentos en los que, entre ellos, sólo parecía proliferar la drogadicción, al ensimismamiento solipsista, la pasividad, el pasotismo o la

automarginación. La situación anómica a que el sistema está condenando a una gran proporción de la juventud, apartada del mundo laboral, alejada de la participación en la sociedad y, en consecuencia, desaprovechando absurdamente su enorme potencial creativo, puede empezar a superarse. El presente movimiento estudiantil podría constituir el germen de una experiencia colectiva de organización, que, más allá del ámbito estrictamente educativo, posibilitara el impulso hacia adelante, que condujera al revivamiento del ímpetu solidario que debe caracterizar a toda juventud. La impotencia que se deriva de la esclerotización burocrática del sistema socio-económico actual, posiblemente esté dando paso a una nueva situación, en la que formas alternativas de organizarse y plantear las reivindicaciones, nacidas de la espontaneidad (en la que con frecuencia se generan los grandes impulsos de cambio), comienzan a emerger.

En cualquier caso, de momento, sólo puede afirmarse que la presente es básicamente una revuelta de jóvenes que luchan por ser admitidos en el nivel más alto del sistema educativo y a través de ello, aunque esto no esté del todo conscientemente expresado, insertarse en un sistema productivo, cuya complejidad organizativa y tecnológica exige personal cada vez más capacitado. Una revuelta de aquéllos que en la plenitud de sus energías son marginados por los efectos de una llamada crisis, cuya existencia real se pone en duda una vez desaparecida la excusa del encarecimiento del petróleo. Una crisis, que no se debe tanto a la escasez como al proceso de reestructuración en que se haya inserto el modo de producción capitalista. Crisis del desarrollismo, en lo que éste conlleva de expectativas de mejora e igualdad social que no de desarrollo y crecimiento en el sentido cuantitativo de estos términos.

### **El control colectivo del cambio**

Las condiciones existenciales y paradigmáticas en que se desenvuelve el convulso mundo actual y los interrogantes acerca del porvenir del hombre, en lo que a su supervivencia como especie se refiere, no favorecen el mantenimiento del espíritu utópico colectivo que, legitimado en la racionalización y secularización, se ofrecía a través de la idea del progreso que impulsó a la sociedad moderna en su evolución histórica. Como contrapartida, en las sociedades actuales existe una base teórica y práctica para poder programar, fomentar y planificar institucionalmente el cambio social, a la vez que para hacer previsiones de futuro, con un adecuado nivel de fiabilidad. En efecto, tanto el desarrollo de los conocimientos (en economía, en estadística, en sociología, etc.), como el nivel de capacidad tecnológica y los instrumentos de control social y político de que dispone el Estado, permiten operar sobre la realidad con notable eficacia y bastantes garantías de éxito. El control colectivo de los programas de cambio social y la necesidad de una gestión auténticamente democrática de los recursos existentes, como base para una adecuada distribución y utilización de las energías y adelantos técnicos de que disponemos, es una exigencia irrenunciable para los que creemos que todavía tiene sentido tratar de hacer una

sociedad más pacífica, justa e igualitaria. Para corresponder a tal exigencia, en el marco de las actuales sociedades democráticas, es preciso procurar que la acción reivindicativa de los partidos, sindicatos, grupos de presión y demás sectores sociales, que se consideran progresistas, se oriente, preferentemente, a participar en el fomento y el control de la toma de decisiones, político-económicas y administrativas, encaminadas a la adopción de planes y estrategias de transformación de la realidad social.

El ejercicio de la democracia precisa el control colectivo, por parte de los ciudadanos, de las decisiones y programas de reforma social y política. Es sabido que la educación puede constituir un mecanismo fundamental para fomentar el cambio y la modernización de la sociedad, mediante la difusión de nuevos conocimientos que contribuyan a incrementar la eficiencia económica, a favorecer la innovación tecnológica y a abrir mayores oportunidades de movilidad y ascenso en la escala social, que posibiliten una creciente eliminación de las diferencias de clase y un paulatino progreso de la igualdad. En el caso concreto que nos ocupa, el proyecto de reforma educativa es susceptible de ser entendido como un programa, destinado a la modificación de la realidad social y económica, a través de la revisión del sistema de enseñanza, para adecuarlo a las exigencias derivadas de la profunda modificación de las condiciones de vida y de trabajo, que atraviesa la actual sociedad española.

Es preciso lograr un acuerdo consensuado y responsable, en lo que respecta a la manera en que debe efectuarse la reforma educativa, así como en la determinación de los criterios selectivos a aplicar, para posibilitar la necesaria elevación de la calidad de la enseñanza. El actual movimiento estudiantil puede llegar a erigirse en un agente de control colectivo del cambio, en lo que al aspecto educacional se refiere, siempre que (aparte de las provocaciones de ciertos sectores violentos, o de la eventual instrumentalización del movimiento por grupos interesados en reconducir los hechos según su propio provecho) sea capaz de consolidar unas formas de organización reivindicativa estables, eficaces para ofrecer alternativas viables y para negociar.

**Francisco Entrena Durán**